

# De la infancia

POR HENRY A. PETRIE

Nicaragüense

Después de idearlo tanto y sin más remedio se decidió.

Los últimos días lo vi cadavérico y con ojeras diabólicas. No había comido ni dormido bien en semanas. Llegó a no distinguir la noche del día. Se sintió perro vagabundo, también murciélago extraviado.

Ante su reticencia, desistí de hacerlo caer en razón, aceptando colaborar en lo que tuvo como propósito, a fin de no abandonarlo y dar constancia de mi lealtad como amigo.

Fui entonces, amanuense.

En realidad eran seis, pero al final resultaron siete.

Hermes simuló dormir. Eran las tres de la madrugada y esperaba ansioso.

Llegó, anunciándose con gruñidos lujuriosos. Recorrió suavemente el cuerpo humano con sus garras, lo envolvió con sus formas femeninas, copulando. Una vez más, mi amigo disfrutó la conjugación de dolor y placer, entregándose como quien se despide de la amante para siempre.

Las manos de Hermes acariciaron las escamas del cuerpo azufroso, moldearon sus senos erectos y jugaron con la cola. Quejidos

y gruñidos placenteros se confundieron en movimientos. De tal manera se entregaron, que al fin unieron sus labios en beso ardoroso y único, después de tantas apariciones y posesiones sexuales en la penumbra. Con el orgasmo delirante se fundieron apasionados. El ente aparecido se pulverizó cuando sintió amar, dejando sus restos sobre el cuerpo de mi amigo, sudado y extenuado, sin corazón.

Este fue el primer ajuste de cuentas, y por supuesto, Hermes resultó debilitado.

Se acostó temprano.

Viajó al núcleo del sueño y lo encontró sonriente y desafiante. Se puso frente a él y le reclamó por sus frustraciones, por las laceraciones adquiridas cuando iba en busca de lo prometido, del ideal. Odió cada retorno a la realidad.

Ya no deseó ir más allá de su punto, sólo acabar con todo. Los argumentos esgrimidos confluyeron en hostilidad. Un fuerte sentimiento de pesimismo lo cobijó y se lanzó encima del habitante de aquel núcleo, y pese a su resistencia, lo acribilló.

Mi amigo, iracundo, liquidó hasta la última imagen positiva que encontró a su paso. Tras aquella aparatosa muerte, sintió, por primera

vez en su vida, un abismo apocalíptico en su pecho, tornándose frío.

Y pues, de esta manera cobró su segunda víctima.

Su sistema nervioso se alteró. Ya no pudo concebir el sueño y su alma se arrugaba impaciente, dando tumbos entre paredes; se enfrentó al momento azaroso, arrullado por su madrastra, la angustia. En su pecho aullaba el dolor y en su cabeza giraban alborotados e hirientes los recuerdos.

Hermes zozobraba mordido por dentro, vociferó y tomó de los cabellos a su víctima, hasta alcanzar su cuello que apretó con furia, batallaron rasgándose pieles, sus miradas lejanas, recriminándose conflictos no resueltos y voluntades astilladas. La víctima se asfixió después de muchos ahogos. Mi amigo, triunfante, terminó aún más agotado, tembloroso y con sus ojos enrojecidos.

El tercero había caído.

Ideó el procedimiento con el cuarto en la lista. Debió ser efectivo en el menor tiempo posible, de demorarse fracasaría.

Esperó ansioso, moviéndose de un lado a otro, gesticulando. Cuando sintió que llegaba se le fue encima y lucharon, casi comiéndose, pero Hermes comprendió que para vencerlo tenía que actuar con cordura y sentido común. Abrió un resquicio de masedumbre del demencial visitante y penetró atroz, reduciéndolo a gestos inofensivos para concluir su faena con una estocada final.

Mi amigo, aún dominado por la furia, se debilitó más, deshidratándose en sudores y sufriendo de cefalea, estremecido.

Frente al tiempo blanco simuló laborar en algo. Apareció fluido, inundándolo todo y se lo llevó a volar lejos, abstrayéndose del mundo físico.

Hermes se internó obediente en la imagen-personaje, pero al poco tiempo después se convirtió en omnisciente y, rabioso, se va en su contra hasta doblegarlo. Como no fue suficiente, hecho una fiera quemó todo, incluso, trama y lenguaje. En sus manos observó las cenizas a que se redujo la creación, riéndose a carcajadas y restregándose en el rostro descompuesto.

Mi amigo cobró su quinta víctima, misma que un tiempo –apenas instantes– había sido uno de sus desafortunados verdugos. Sólo faltaba uno, porque al inicio así me lo expresó. En su plan original eran seis, para los cuales se preparó con tesón, analizando blancos, escenarios y circunstancias, ideando la estrategia correcta y escogiendo los instrumentos letales apropiados para liquidar, uno a uno, a aquellos entrañables personajes de su vida.

Apareció cuando Hermes estaba recogido, sufriendo frío y reducido en sus fuerzas. Se le presentó, siendo tres en uno, mirándolo fijo y cuestionador.

Mi amigo lo convidó a sentarse con amabilidad simulada. Supo del esfuerzo mayúsculo por delante. El Cosmos estuvo frente a él y se negó a sí mismo para liquidar al que yo suponía último en la lista. Con sus reservas energéticas divagó en confluencias de astros, etéreo, introduciéndose y saliendo de mundos paralelos, transgrediendo dimensiones, tomando de cada agujero negro un cuanto de sustancia contenida, y regresó poluto al centro de su espacio para embestir la luz de aquel ser que no toleraba más. Llegado ese punto en su vida, todo le resultaba irritante. Endemoniado mi amigo, provocó laberintos y remolinos como si fuera un inmenso hueco, tragándose al último que tenía en la lista.

Hermes se desplomó, casi sin aliento.



Con la sexta ejecución consideré cumplido el plan, por lo que acudí a su auxilio. Aquellas fueron batallas cruentas y él había quedado en un estado moribundo. Pensé que de no tomar providencias, vendría lo fatal. Cuando estuve frente a mi amigo, rechazó ayuda y ordenó, en aras de mi compromiso asumido, que apuntara hasta el último instante, porque aún faltaba la batalla final. Me extrañé, porque todos de la lista habían sido eliminados. Jamás me refirió a un séptimo.

Lo observé desenchajado. Extrayendo fuerzas desde sus entrañas, se incorporó y comenzó a luchar consigo mismo, como si alguien adherido a él lo atacara. Sorprendido lo dejé continuar, pensé que se trataba de algún rito. Pronto me di cuenta que se flagelaba con la furia concentrada de sus víctimas.

Quise intervenir y alejarlo de su empeño autodestructivo, pero me paralizó su salvajismo y desgarré. Tétrico, vi su sangre desbandarse y sus ojos en pantalla blanca.

Expiró.

Al final, y a pesar de haber sido el único testigo presencial, el amanuense de las batallas y ejecuciones de Hermes, incluido él mismo, nadie creyó mi testimonio... y me condenaron... ¡por todos los demonios!

---

HENRY A. PETRIE. Managua, Nicaragua. 18 de mayo de 1961. Sus más recientes obras publicadas: *Inevitablemente humano* (novela-ensayo, 2001; CAMINO); *Tómame, y te contaré* (Cuentos, 2005; Horizonte de Palabras); *Fritongo Morongo* (Novela corta, 2007; 400 Elefantes). Miembro de la Asociación de Escritoras y Escritores de Centro América (ADECA).